Tu primer lunes de jubilación

Ideas para disfrutar del tiempo que ahora es tuyo

Pepe · Jubilistos

Prólogo

Hay una clase de silencio que se nota mejor a la vuelta. Un día sales a por el pan, regresas a casa con la barra todavía caliente y descubres que podrías sentarte a desayunar otra vez. Nadie espera que llegues a las nueve. A lo mejor llevabas años deseando esa mañana. Y a lo mejor, cuando por fin llega, te gustaría que alguien te llamara y te preguntara dónde te has metido.

Durante más de treinta años trabajé con expedientes de jubilación en el INSS. Cuánto importa que una fecha esté bien puesta y una cuenta bien hecha. Y qué poco dicen esas dos cosas de quien vuelve a casa. En el expediente no aparece la compañera que sabía por tu manera de dejar el abrigo que habías pasado mala noche. Ni el alivio de pensar que el próximo lunes podrás quedarte un rato más bajo la manta. A esas cosas, que no caben en una casilla, quería hacerles sitio aquí.

Marina y Andrés son inventados. Lo que quizá reconozcas es ese modo de echar de menos a una persona justo cuando estás disfrutando de una mañana para ti. Si alguna historia te trae a alguien a la cabeza, puedes cerrar el libro y llamarle. La página seguirá aquí cuando vuelvas.

Ojalá dentro de unos meses abras este ejemplar y encuentres una línea escrita por ti que te haga sonreír. Aunque solo diga «El jueves, tortilla con Julián».

Un abrazo,

Pepe

CAPÍTULO 01

El café que se te enfrió

El primer lunes, Marina se vistió en siete minutos. Tenía el bolso al hombro cuando se acordó de que no iba a ninguna parte. Dejó las llaves en el cuenco de la entrada, volvió a la cocina y se quitó los zapatos. El café se había quedado frío. Se hizo otro. Esta vez lo tomó junto a la ventana.

En la acera de enfrente descargaban cajas de fruta. Había vivido veintiséis años en aquella casa y nunca había visto llegar los melocotones. A las ocho y cuarto siempre estaba en otro sitio. Ahora sabía dos cosas nuevas: que llegaban a esa hora y que el frutero cantaba bastante mal.

A las nueve sonó el teléfono. «¿Qué tal la libertad?», preguntó su hermano. «Pues de momento he puesto dos cafés». Le pareció poca cosa para contar. Luego pensó que el segundo se lo había tomado exactamente como le apetecía. Y eso sí que llevaba tiempo sin pasarle.

A las nueve y diez cogió un trapo. Ya que estaba en la cocina, podía aprovechar y limpiar los azulejos de detrás del fogón. Había empezado por la segunda fila cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Julián, del trabajo. «Marina, una cosa. ¿Tú te acuerdas de cómo se llamaba el bar al que fuimos el día que se jubiló Pili?».

Se acordaba del bar, de que les habían puesto dos mesas juntas y de que Pili había pedido flan sin nata. Le dio el nombre. A punto estuvo de ofrecerse a llamar para reservar. Tenía el número en la agenda, conocía al dueño y, además, disponía de toda la mañana. Por suerte, Julián siguió hablando. «Era para ir el sábado con mi hija. Es su cumpleaños». Marina dejó el trapo en el fregadero. Por poco organiza una comida a la que nadie la había invitado.

Lo que iba a preguntarle era otra cosa. Hacía semanas que la hija de Julián ensayaba una pieza para violín y él estaba más nervioso que ella. «Oye, ¿y el concierto?». Al otro lado hubo un silencio y luego una carcajada. «Tenías que haberme visto. Grabé tres minutos de mi rodilla». La niña había tocado hasta el final. Se equivocó al saludar y casi tiró el atril. Los dos estuvieron un rato riéndose. Cuando colgaron, a Marina le entraron ganas de salir.

En la frutería pidió dos melocotones. El frutero le metió tres. «Este está feo por un lado. Para comértelo hoy». Ya en casa, le quitó el golpe con un cuchillo y se lo comió de pie, inclinada sobre el fregadero. Le manchó de zumo la manga recién planchada. Eran las diez y veinte. Un lunes cualquiera, a esa hora, habría estado buscando un hueco de cinco minutos para llamar a su hermano. Hoy ya había hablado con él y tenía la mañana entera por delante. De pronto se le hizo un poco larga.

Ahí me gustaría quedarme un momento contigo. Hasta aquí el lunes de Marina suena estupendo contado desde fuera. Dos cafés, una conversación que acaba en risas, fruta madura. Sin embargo, a las diez y veinte habría dado algo por oír a alguien decir «Marina, ¿vienes un momento?». Puedes haber deseado jubilarte durante años y echar de menos esa frase. A ella le gustaba que alguien levantara la cabeza cuando entraba por la puerta. Eso también formaba parte de su sueldo, aunque nunca apareciera en la nómina.

Buscó su agenda de trabajo. En el viernes anterior ponía «entregar llaves», tachado con dos rayas. Pasó la hoja. Iba a escribir «limpiar cocina», por tener algo apuntado al menos, cuando se acordó del vídeo de la rodilla. Le mandó un mensaje a Julián: «Cuando tengas uno en el que salga la violinista, me lo enseñas». Y en la agenda puso otra cosa: «El viernes, tortilla con Julián, si puede». Dejó el resto en blanco.

Por la tarde su hermano volvió a llamar. «Bueno, ¿qué has hecho al final en tu primer día?». Marina miró el azulejo que había dejado a medias. Si se fijaba desde la puerta se veía una fila algo más clara que la de al lado. Mañana podría terminarla. O el miércoles. «He descubierto que venden unos melocotones buenísimos debajo de casa. Y a que no sabes a quién se le ha caído casi un atril».

Lo que pasa en mi calle

Mañana, antes de mirar el teléfono, abre la ventana o asómate a la puerta. ¿Qué ocurre por tu calle a una hora en la que antes estabas trabajando?

también relaciones y actividades cercanas deja más opciones. No necesitas sustituir unas personas por otras. Puedes ampliar tu semana sin interpretar lo nuevo como una ruptura con lo anterior.

El Imserso sitúa la participación social entre sus líneas de trabajo con personas mayores y ofrece información sobre cultura, ocio y participación. Eso aporta un marco general, no un programa que garantice amistades ni una receta de reuniones. Para localizar una actividad concreta tendrás que comprobar su disponibilidad, condiciones y accesibilidad en tu zona.

Lo que quedó en el teléfono

El viernes, Julián llegó al bar con el teléfono ya en la mano. Esta vez sí había un vídeo en el que se veía a su hija. Duraba cuarenta y ocho segundos. En el segundo treinta, Julián susurraba «venga, pequeña» con tanta fuerza que apenas se oía el violín. Marina le pidió que lo pusiera otra vez. Le había gustado oír a su amigo en voz tan baja.

Hablaron del trabajo, claro. Que si habían cambiado la máquina de café, que si alguien había vuelto a atascar la impresora con etiquetas. Al llegar la segunda tortilla se les acabaron las noticias de la oficina. Hubo un silencio. Antes, cualquiera se habría levantado para regresar a su

mesa. Esta vez Julián mojó pan en el plato y le preguntó a Marina qué tal estaba de verdad.

«Hay días en que me pondría el bolso y me iría para allá. Pero solo a la hora del café». Julián miró el reloj. «A la misma hora sigo bajando». Le escribió en una servilleta el nombre del bar nuevo. Marina se la guardó en el bolso, justo en el bolsillo donde antes llevaba la tarjeta para entrar.

Una tortilla pendiente

¿A quién te gustaría volver a ver aunque ya no tuvierais noticias del trabajo que contaros? ¿Qué le preguntarías cuando llegara la segunda tortilla?